

Tres espejos para romper las piedras

POR JOHN J. JUNIELES

RÓMULO BUSTOS: UNA PLEGARIA POR LA ESPECIE

La poesía es el diario de un animal marino que vive en la tierra y que sueña con volar, decía Carl Sandburg. Ese animal que somos pasa largas estadias en autobuses, en embotellamientos de tráfico, en largas filas de bancos, en antesalas de consultorios: ámbitos que el tiempo aprovecha para instalarse y hacer sentir su plomo en la carne de la consciencia.

Entonces nada mejor que un cuento o un poema para esos islotes de tiempo, cuentos y poemas breves (como el ser humano) que cada vez recobran más espacio en nuestras necesidades y gustos de lectores, y que ayudan —en contadas palabras— a levantar vuelo desde nuestros asientos o baldosas.

FERNANDO
LINERO



RÓMULO
BUSTOS



MIGUEL
IRIARTE



Sirva esta abreviada defensa de los géneros breves para comentar uno de los libros más hermosos que se puede leer hoy día: “*Oración del impuro*”, del escritor y pintor Rómulo Bustos Aguirre, editado en la colección de poesía de la Universidad Nacional de Colombia, y lanzado en la pasada Feria del Libro de Bogotá (2004). Bustos nació en Santa Catalina de Alejandría, en 1954. Estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Cartagena -donde hoy enseña Literatura en la Facultad de Ciencias Humanas- y Literatura Hispanoamericana en el Instituto Caro y Cuervo. Es también autor de una Antología de poetas costeños (1993) y fue incluido en la Antología de Poesía Colombiana de Rogelio Echavarría.

Bustos es un escritor oriundo del Caribe colombiano, decir eso anticipa mucho sobre su forma de encontrar la poesía, y decimos eso a la manera en que predicaba Picaso: “Yo no busco, yo encuentro”. Bustos, hace parte de una generación históricamente reciente de escritores costeños: Giovanni Quessep, Raúl Gómez Jattin, Jorge García Usta, Joaquín Mattos, Miguel Iriarte, Fernando Linero, José Manuel Crespo y Fernando Denis, entre otros. Ellos, desde sus ínsulas, nos escriben a todos en el acto de contarse a sí mismos. Un ejercicio estético que ha logrado poco a poco saltar códigos y sacar el cuerpo a las convenciones culturales locales, pero sin desconocerlas. Cada vez más, sentimos en sus obras descubrimientos que van más allá de sus habituales temáticas regionales, en una ambiciosa intención porque converjan el universo de la aldea, y la aldea de nuestro universo.

Lo hacen reordenando el mundo sin desconocer la tradición, en el sentido explicado por Oscar Torres Duque: la tradición como una comunidad de visión de mundo, una unidad de conciencia, una coincidencia no sintáctica, no discursiva o semántica, sino en los principios estéticos fundamentales que atraviesan estas obras.

Comentar un libro debería ser un intento por no ser inferior a él, mostrar que somos algo distinto, quizá mejor, después de haberlo leído. Ser como una rama agradecida por la raíz que no alcanza a ver, pero que presentimos en nuestro edificio humano, un eco musical en nuestra memoria. “*Oración del impuro*”, reúne los libros: “*El oscuro sello de Dios*”, “*Lunación de amor*”, “*En el Traspatio del cielo*” (Premio Nacional de Poesía de Colcultura, 1993), “*La estación de la sed*”; y un adelanto del libro: “*Sacrificiales*”, al que pertenece esta revelación titulada Mantarraya:

“Por algún divertido arreglo los dos muchachos han dividido en dos la mantarraya / como si fuera una hoja de papel / y ahora cada uno lleva su parte colgando de la mano / Ya nada queda de la gracia que el animal exhibe en los acuarios / ondeando, sumergiéndose, elevándose en el agua todo su cuerpo como

dos extrañas alas/ Mientras la ofrecen a lo largo de la playa los dos muchachos / aseguran que con ella se prepara un excelente y vigorizante cocido / Las dos partes siguen vivas. A veces una de ellas levemente se estremece y aletea como si una parte reclamara la otra / o como si conservara alguna oscura memoria de su vuelo./

Rómulo Bustos es de esos ángeles de equipaje breve que circulan por las calles hasta las paradas de autobuses, van confundidos entre los pasajeros, buscando con ahínco un lugar cualquiera para escribir, papelito a papelito, esos poemas que van apartando malezas mientras salen cosechas de cocuyos. Papelitos en los que el poeta escribe con la delicadeza con que un gato camina sobre una chimenea llena de perros de porcelana, papelitos que al juntarlos inventan rieles que nos llevan a estaciones apacibles. Y uno se imagina al autor: un niño desnudo, en cuclillas, íntimo en su tarde, en un patio donde el mar se oye a lo lejos entre el batir de hojas de plátano. Se siente el primero y el último ser sobre la tierra, y lo es, así como todos lo hemos sentido en algún momento de nuestra vida.

Así como las familias descienden de familias, así los libros descienden de otros; nos dice Harold Bloom. En ese sentido, el poder afirmativo del tono poético de Bustos nos hace recordar uno de los más universales poetas del espíritu continental americano: Walt Whitman, y sus Hojas de hierba. Bustos elige trabajar con los materiales frágiles de la vida: la niñez, el amor, la memoria, la amistad. Cosas así, cosas que parecen existir en las junturas de las puertas, y que pesan como truenos. Es cuando aborda esos temas cuando su poesía adquiere la belleza de un caballo orgulloso y agradecido de la tierra que le ha tocado en suerte; aún cuando el caballo desaparezca sentiremos en el viento el peso de su hocico.

Del periódico Liberación, de Suecia, Juan Cameron nos comenta sobre este poemario: Bustos, a través de imágenes recurrentes, relata una historia y una postura con una impronta de amarga nostalgia por lo que ya no será; o no lo fue (...) Imágenes muy logradas, como el de la aparición del demonio, las islas como restos de un lejano naufragio o el mensaje aparecido detrás de las cortinas, dan cuenta con elegancia de su preocupación vital. Para él Dios está borracho y la estación de la sed lo convierte en ese minúsculo pasajero que ha descendido en algún lugar erróneo del paisaje.

Leamos otro poema: *Escena de Marbella.*

Junto a las piedras está Dios bocarriba

Los pescadores tiraron en fila largamente la red

*Y ahora yace allí con sus ojos blancos
mirando al cielo
parece un bañista definitivamente distraído
parece un gran pez gordo de cola muy grande
Pero es solo Dios
hinchado y con escamas impuras
¿Cuánto tiempo habrá rodado sobre las aguas?
Los curiosos rodean la pesca monstruosa
Algunos separan una porción y la llevan
para sus casas
otros se preguntan si será conveniente
comer de un alimento que ha estado tanto tiempo
expuesto a la intemperie*

A pesar de las innumerables paredes, uno parece haber leído este libro desde las márgenes de un río, divisando cosas que pasan flotando sobre el agua, haciendo inventario de milagros y zozobras. Un río de afluentes visibles y recónditos. Los ojos del poeta esculcando el luto de la ceniza, pero también arrobado por ese sol dulce al alcance de la mano que es un buen mango de clase.

En esta poesía los temas aparecen como una uña que crece, y resulta inevitable conciliar el poeta con la idea de esos andariegos de la baja edad media que dormían al descampado de aldea en aldea, tomando notas, cosiendo páginas de libros que no firmaban, porque sabían que ser un misterio es la forma más segura de permanecer.

El ser humano en Bustos es una frágil hazaña de babas, relojes, y canciones románticas invadiendo las tardes en las cocinas. No podemos perder de vista a esa criatura, su tragedia es que no sabe qué hacer con su tiempo mientras llegan los pañuelos del adiós. Es frágil, pero también un carbón de curiosidad, un diamante de espuma tallado por el inconformismo. Un murciélago que Dios --ese otro muchacho travieso-- ha cazado con un saco en una casa abandonada, y luego lo ha liberado al mediodía, para distraerse con su vuelo demente entre ramas y paredes, hasta verlo caer calcinado en la tierra.

Este libro de Rómulo Bustos pone el ojo en su hoja para que cese el frío. Las palabras salen a la intemperie a rastrear las cosas pequeñas e ignoradas, que son las máscaras sucesivas que ocultan el universo, que eliminan la distancia entre las estrellas y nuestro corazón. Un dado con sus cifras gastadas, abandonado en la calle por la pandilla de jugadores, sigue sorteando cada que vez que lo patea un transeúnte; así estamos unidos todos, sin saber que golpe ha elegido nuestra suerte, a pesar de nuestra voluntad.

“*Oración del impuro*” es un libro-jaula, habitado por pájaros que siguen adentro cantando, aunque el poeta haya dejado la puerta abierta y sólo plumas queden como huellas. Cada lector deberá meter la mano a esta jaula-libro, y ver con qué se encuentra. Tal vez la mano del lector descubra adentro otra mano que sueña que es un pájaro que sigue cantando aunque la jaula esté abierta.

La impresión final que nos deja la lectura de esta obra poética reunida, es que las palabras invitadas por el autor, han cumplido una cita en estas páginas, y luego las palabras, las pobrecitas palabras, juntaron sus manos y empezaron a rezar en voz baja por toda nuestra valiente, hermosa, y suicida especie.

FERNANDO LINERO: Y LA MÚSICA SE HIZO HOMBRE...

Por su parte Valery dice que el verso es una danza y la prosa una marcha, entonces cómo valorar una poética que trasciende cualquier apuesta interpretativa, porque marcha mientras danza. Más difícil aún, cuando en esa poesía convergen emociones y razones cuyo equilibrio supera cualquier discurso explicativo. Uno se siente maniatado, las frases salen, medita uno su eficacia, y termina borrándolas, porque no iluminan nada.

Como suele suceder, los lectores sólo queremos compartir con el mundo algo hermoso que hemos descubierto, y que creemos que el mundo necesita para seguir girando. Gabriel Arturo Castro, lo dice mejor en el prólogo del último libro de Fernando Linero: “*Lecciones de Fagot*”...pues el poema es un objeto del mundo, es sustancia, es un intermediario entre lo pasajero de la vida y lo real vislumbrado.”

Fernando Linero nació en Santa Marta, Magdalena en 1957, y desde 1977 vive en Bogotá. Estudió música en el Conservatorio de la Universidad Nacional y Filosofía y Letras en la Universidad Católica de la Salle. Las primeras señales que inauguraron su mundo poético datan de 1980, el libro de poesías: “*Sonata del Sonámbulo*”, Pijao Editores. En 1984: “*La risa del saxo*”, de cuadernos de poesía

Ulrika. Luego en 1990: “*Gujjarros*”, de la Colección Simón y Lola Guberek. Le siguen: “*Aparte de amor*”, del Centro Colombo Americano, 1993, “*Palabras para el hombre*”, editorial Magisterio, 1999; y últimamente: “*Lecciones de fagot*”, de Universidad Nacional de Colombia, 2004. Linero ha sido pianista de importantes orquestas de música tropical, y musicalizó una serie de poemas de autores colombianos, que publicó en el CD: “*El poeta canta dos veces*”.

En 2008 se lanzó, en la Feria del libro de Bogotá: “*El bolero en sus propias palabras*”. Un diccionario del amor, la ilusión, el despecho, todo a través de la música universal del romance. La técnica es interesante, pone una palabra y fragmentos de boleros que llevan esa palabra; por ejemplo, bésame: “bésame, bésame mucho...”, mentiras: “mentiras tuyas...” y cientos más.

Pero apelemos mejor al testimonio del creador, cedo a la tentación de compartir su poema: “*Apuntes para una biografía*”:

"Nací en Santa Marta el 4 de octubre de 1957./ Tengo mujer, dos hijos que veo crecer y un perro./ No estoy atado a nada en particular./ De los 510.101.000 kilómetros cuadrados que tiene la tierra de extensión/ ni un solo metro es mío./ Mi única preocupación/ es acaso la de amar verdaderamente./ Acaso la de arder con aquello que amo./ Creo en el diálogo con la luz,/ el diálogo con la tierra,/ para exaltación de los sentidos./ Desde los 15 años escribo poesía./ Creo que ella cura de cierto desencanto/ de cierta melancolía,/ permite así sea fugazmente/ recuperar cosas perdidas./ Ayuda a comprender en algo/ el sentido de lo humano./ Me gustan el mar, los libros,/ la marihuana, las bebidas fuertes./ Me gusta recordar a los amigos./ Me gustan la música, la noche, los caminos./ He cruzado los dedos y respirado hondo./ He compartido con el ocaso / la gloria de no ser nada./ A mis cuarenta años / en esta lucha por llegar yo no sé adónde / nunca he sentido envidia de nadie. / Solo el aire sabe del final de la ruta./ En lo profundo de mí guardo la esperanza/ de que la muerte no sea más que un espejismo./"

Con palabras como esas se han fundado religiones, y gracias a ellas, más de un angustiado le ha devuelto las cornisas a las palomas. Linero es un chamán ciudadano en el océano proceloso de las calles. Fernando es poeta dos veces, en su vida y en el papel, coinciden en él tantos dones que muchas veces se olvida de sí mismo, y se vuelca a descubrir plenamente a sus semejantes. Sus poemas son adentramiento, afán testimonial, como esas lámparas eléctricas que convocan nubes de insectos en la selva nocturna.

Por la estación violenta del amor pasa el tren de estas palabras. Embajador telúrico de una mirada alimentada en la infancia caribeña. La palabra transida de

experiencia que en su brevedad es una posibilidad de absoluto. No es raro que Faulkner, ese escritor del Caribe gringo, confesara que sólo quería escribir la historia de todo lo vivido e imaginado en la cabeza de un alfiler. Linero, a su manera, ha escrito la historia de su universo personal con la punta de ese alfiler.

Estos poemas sacuden a la especie, el más sonámbulo de nosotros amaga en despertar. El perdido se encuentra, el que no se sabía perdido se halla. La poesía medita la grandeza y la miseria de este jardín donde Dios y el Diablo brindan y se embriagan con el alma humana. Su poesía, su música, viene de abajo, de la suela y el vientre.

La lección de Fernando, es el mapa hacia un más allá del tiempo, donde también se siembran semillas en las laderas del viento, y la poesía es fecunda en imposibles que luego la realidad reclama como su cosecha. Tu palabra no pasará, Fernando, con los días se afirmará en los lectores que irán descubriendo tu viña de volcanes y naranjas. Así como no pasará la poesía de voces cercanas a tu espíritu.

Estábamos en la orilla, meditando el río de la tarde, cuando Linero salió con su caña y la lanzó con el único sebo de su fe en la palabra. Y la pesca ha sido milagrosa en el laberinto de las aguas. Entre la piedra de la planicie, y la estrella vespertina que le madruga a la luna, está la poesía que sirve de mano extendida. Una poesía, como esta, tan lejos de la receta poética, y tan cerca de lo que queremos decir, si tan solo supiéramos decirlo como lo dice Linero.

MIGUEL IRIARTE: LÍMPIATE LA SANGRE, Y SIGUE TOCANDO

Sólo en la música y el sexo nos miramos frente a frente con nuestra esencia. Ambos son lugares de búsqueda, de hallazgo y de asombro. La forma que tiene la música de cobrar forma en el cuerpo que la baila es misticismo puro. Eso equivale a decir que todo músico es un pequeño dios, y cada bailarín es su profeta o adorador. Tal vez por eso muchos creen que el origen de la música es simultáneo al origen de la idea de un Dios (de cualquier dios, quiero decir).

La música, ese hospedaje en lo invisible, esa otra forma de estar sin estar en el tiempo, nos transporta y nos vecinda con la nostalgia y la melancolía, nos instala en la alegría o la felicidad, esos lugares —esos estados escurridizos—, y pone a vivir al presente en el presente mismo. Oímos música, y a veces recordamos cosas que nunca han pasado.

De esa stirpe es la música poética de “*Cámara de jazz*”, el más reciente libro de Miguel Iriarte. Ventiún poemas, 51 páginas, escritos en español y vertidos al inglés

con esmero, por ese mito neoyorkino viviente, el escritor colombiano Miguel Falquez-Certain.

Todo arte termina trazando sus propias convenciones y límites, la música no escapa a esta tendencia. El jazz es una de las más gozosas revoluciones que le ha pasado al árbol de la música. Sobrevive en él la esencia azarosa del mundo, la lucha entre orden y caos que impulsa la búsqueda de todo arte. No se asiste a un concierto de jazz, se es testigo, más bien, de un desconcierto.

El jazz es fuga, pero también vuelta al hogar. Es la música mestiza por excelencia, gran banda sonora de la vida contemporánea, que a veces no reconocemos en los ritmos que hoy están en la cresta de ola de la vanguardia musical. El jazz es un estilo musical que se caracteriza por la falta de estilo, por eludir la ejecución de las interpretaciones a partir de la lectura fiel de una partitura. Por lo tanto, la base de la interpretación jazzística y, consecuentemente, del estilo, es la improvisación.

La poesía de “*Cámara de jazz*” parece adoptar las mismas coordenadas musicales de su raíz poética: la naturaleza libertaria jazzística. En estos poemas hay una gradación que confiere dinamismo expresivo a los textos. Un cruce de espacios y dimensiones, un río de símbolos y significados que desembocan en esta música callada que se lee como un grito.

La escritura es omnívora, como la vida, y cada lectura es un viaje personal, así cada quien va eligiendo su canon de salvación. ¿Voces antecedentes y tributarias de “*Cámara de jazz*”? Tal vez los monólogos de Spoom River, de Lee Masters, o la universalidad de “*El reino errante*”, de Jorge García Usta. Pero también alguna escena inolvidable de una película, la hipnótica influencia de una pintura, un cuento narrado por tías a la sombra de unos almendros “¿Poseeré la suficiente música dentro de mí como para no desaparecer jamás?”, se pregunta Emil Ciorán en un epígrafe de *Cámara de jazz*. Nadie puede responder esa pregunta, salvo nosotros mismos.

En algunos casos de free jazz o de jam session, se da el caso de que no se trabaje sobre ningún tema ya conocido. Improvisar significa que el intérprete recrea libremente el tema en cada ejecución del mismo. La estética personal es necesidad de identidad, mediante la cual el poeta canta su propio tránsito, los objetos de su celebración, sus dioses íntimos. Todo poeta es intérprete del mundo, todos los poetas se asoman a la misma partitura y ejecutan una música particular, pero esencialmente semejante.

La música está en los granos de arena en el desierto, frotándose entre sí; en la percusión tectónica de la tierra, en el tropel de caballos que forma el mar cuando quiere salirse de sí, o la serpiente de viento fluyendo entre grietas y cañas. Nos tapamos los oídos, se va la música –salvo la del corazón– y entonces sentimos que el mundo fue solo un sueño. Somos tiempo, saliva, palabras en una azotea con un querido amigo, anteojos que buscamos por toda la casa y están más cerca de lo que

alcanzan a ver nuestros ojos. Todo eso gravita en “*Cámara de jazz*” de Miguel Iriarte.

La mayoría de los libros son un ejercicio de memoria, una combinación de intuiciones y juegos conscientes de la magia letrada. Este tiene todo lo anterior, pero sobre todo, pura pasión, una honda, detenida y necesaria declaración de amor por esos músicos y cantantes. Ese amor que se tiene a los amuletos que han iluminado nuestras noches oscuras del alma: un seno tibio, un libro, una película, una canción, un trago de ron. El jazz, sus extrañas leyes que ordenan ser violadas tan pronto se proclaman.

Quiero registrar el paso de algunos cometas que atraviesan el libro de Iriarte, instantes prodigiosos del tránsito valiente de su poética. Estas líneas son, de diferentes poemas : “...una misa de rabia y de paciencia...”, “...pareces un preocupado carpintero puliendo la extensión de su madera...”, “...que su trombón es un instrumento que sopla un dios que intenta en vano corregir el mundo...”, “...y dibujaba un vuelo de suicida en el cielo terrible de su miedo...”, “...las trágicas verdades que le enseñó su piel...”, “...porque allá arriba, a cierta altura todas las alas se derriten...”.

Por supuesto, es casi una falta, un atentado estético leer las líneas anteriores sin su paisaje natural, sin la circunstancia poética que las justifica, y de las que ellas son parte esencial. Sólo quiero despertar la curiosidad, muchos querrán saber a qué tigre pertenecen esas rayas. Son apenas flores exóticas traídas de un continente que debemos conocer, porque se puede convertir en el paraíso que buscábamos.

En “*Cámara de jazz*” se percibe la fuerza de la cultura popular, su forma de abrirse paso, de saltar alambradas y cavar túneles, de irrespetar lo que no merece respeto: las fronteras y banderas que dividen a los seres humanos. Esa pujanza se hace sentir en sus versos. Sólo la música pudo –puede– contestar a estos músicos que son materia de este libro: “por qué nacieron tan negros y tan tristes. “

En este libro entendemos por qué el jazz parece la música de un reino antiguo, de seres que no quieren lavar sus manos, para no perder su lodo original. Esos antiguos reinos a los que se refiere Michel Houellebeck, en sus “*Partículas elementales*”, cuando nos dice: “...Lo que los hombres de antaño presintieron a veces a través de la música. Sabemos lo que debemos a sus sueños,/ Sabemos que no seríamos nada sin la mezcla de dolor y alegría que fue su historia/ Sabemos que llevaban nuestra imagen dentro cuando atravesaban el odio y el miedo, cuando chocaban en la oscuridad...”

Miguel Iriarte nació en Sincé, Sucre, Colombia, en 1957. Ha publicado los libros de poesía: “*Doy mi palabra*”. Ediciones Simón y Lola Gubereck, Bogotá, 1985; “*Segundas intenciones*”, Ediciones Metropolitanas, Barranquilla, 1996; y ahora “*Cámara de Jazz*”, que lleva una dedicatoria inicial: “Al maestro Fernando Iriarte,

a quien escuché por primera vez el nombre de Duke Ellington. Y allí comenzó todo”.

Trabajos como “*Cámara de jazz*” exigen nobleza de corazón, la pasión que despiertan esas cosas que, muchas veces, han sostenido nuestra vida, a veces por nosotros mismos. Llevado por el entusiasmo, alguien podría aconsejar que este libro de Miguel Iriarte, sea lectura obligatoria en todas las escuelas de sordos.

JOHN J JUNIELES, es escritor. Nació en Sincé (Sucre) y cuenta con una importante obra poética y narrativa. Más información sobre el escritor en <http://johnjairojunieles.blogspot.com/>